

# El juez que reza

POR LUISGÉ MARTÍN

Las fiestas del Orgullo, como siempre, han cerrado el curso escolar gay, que este año, según parece, tendrá un colofón especial largamente esperado: la aprobación constitucional del matrimonio igualitario. Cuando escribo esto no se conoce aún la sentencia del Tribunal Constitucional ni el número exacto de magistrados que la apoyarán, pero las filtraciones, que son fiables, aseguran que una mayoría amplia ratificará la ley.

A partir de ese momento –recuérdelo– comenzará una carrera apresurada para borrar las huellas del pasado: nadie, salvo Rouco, reconocerá haber estado en contra del matrimonio entre dos hombres o dos mujeres. Se hablará de matices, de razones procedimentales y de zarandajas de todo tipo, pero no habrá nadie que asuma que estaba equivocado, que sus interpretaciones eran sectarias e interesadas, y que simplemente no consideraba decente que los homosexuales tuvieran derecho a estar en pie de igualdad con los heterosexuales, a criar hijos como ellos y a hacer un banquete de boda con tarta de cinco pisos. Una vez más, los homófobos no existirán, habrán desaparecido de repente. Si Aznar fue el gran defensor de la Constitución sin haberla votado, estoy seguro de que Rajoy va a ser el gran adalid del matrimonio gay. Su inventor, si es necesario.

Cuando tenía veinte años, había dos cosas que estaba seguro de no poder ver nunca: a España ganando un campeonato de fútbol y a dos hombres viviendo juntos con los papeles arreglados. Ahora resulta que he visto ganar a España un Mundial y dos Eurocopas, y que yo mismo, con las bendiciones incluso del Tribunal Constitucional, me he casado plácidamente. Visto desde la perspectiva de hoy, todo parece fácil y natural. Los goles son como disparos llenos de vaselina y las bodas gays como ceremonias milenarias. Pero que nadie se engañe: debajo de esta apariencia de normalidad sigue habiendo cloacas en las que desagua toda la inmundicia, y si no nos esmeramos en la limpieza continuada acabarán apestando el aire de nuevo.

El otro día me contaban la historia de dos jueces. Hace algunos años, uno de ellos, el más joven, se acercó al otro, que era su maestro o su jefe, y le contó que iba a casarse. El juez

mayor, muy católico, puso gesto de alegría y le preguntó al otro por el nombre de su mujer. “Me voy a casar con un hombre”, explicó impasible el juez joven. El viejo, entonces, torció la mirada, le enfrentó con destemplanza y dijo secamente: “Rezaré por usted”.

Al cabo de los años, el juez joven hizo una carrera brillante y obtuvo el reconocimiento general de los ciudadanos. Al juez maduro –ya anciano– lo nombraron Presidente del Tribunal Supremo y del Consejo General del Poder Judicial, los más altos honores profesionales a los que podía aspirar, pero tuvo que dimitir no solo porque al parecer había gastado dinero público inconvenientemente, sino porque lo había hecho para agasajar, en hoteles de lujo y con cenas caras, a su novio secreto, que era uno de sus escoltas.

El Diablo se esconde en las capas de los santos y en los mantos bordados de las vírgenes. O, dicho en términos biológicos, los fluidos corporales que no se expulsan por los conductos para los que fueron creados por la naturaleza, acaban siendo expulsados por donde no se debe. Como decía el proverbio latino, “Semen retentum venenum est”. Es decir: el semen que se retiene se convierte en veneno. La vida pública española está llena de semen retenido, de cerebros que a fuerza de haber ido acumulando frustraciones sexuales, represiones, disimulos y fingimientos, miran al mundo perturbadamente.

Por eso, incluso ahora que las leyes nos bendicen y que todos los santos saldrán en procesión, hay que recordar que las cloacas siguen llenas, que en cualquier lado hay alguien dispuesto a rezar por ti para que, como él, no seas feliz. Pasará mucho tiempo antes de que podamos olvidar que los monstruos existen todavía y que están al acecho. Tal vez hará falta para ello que España vuelva a ganar un campeonato y que algún futbolista gay levante por fin el trofeo. Mientras tanto, sin embargo, disfrutemos del triunfo. De la igualdad ante la ley que merecemos.

**LUISGÉ MARTÍN ES ESCRITOR. SU ÚLTIMA NOVELA PUBLICADA ES LA MUJER DE SOMBRA (ANAGRAMA).**